

¿Secta maléfica o trinchera de la razón?

Una historia de la masonería en España

Francisco Martínez Hoyos

¿Secta maléfica o trinchera de la razón?

Una historia de la masonería en España

CÁTEDRA

HISTORIA/SERIE MENOR

1.^a edición: mayo de 2025

Diseño de cubierta: Germán Úcar

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Francisco Martínez Hoyos, 2025
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2025
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
Depósito legal: M. 3.710-2025
I.S.B.N.: 978-84-376-4904-7
Printed in Spain

Prólogo

EDUARDO MONTAGUT

En los tiempos en los que se publica esta obra se escribe y se opina mucho sobre masonería. Parece una cuestión de moda, algo que, en todo caso, no puede ser considerado automáticamente como positivo porque vuelven a proliferar, y más en las redes, bulos muy viejos, pero, eso sí, remozados digitalmente. En todo caso, siempre es mejor que abunden libros, artículos y opiniones en debates en los medios porque, entre todo lo que surge, aparecen análisis serios alejados de esas viejas historias de cultos satánicos, crucifijos pisoteados en las tenidas (reuniones) de las logias masónicas o conspiraciones a la luz de las velas y del Gran Arquitecto del Universo.

Parece evidente que es necesario que los libros que se publiquen sean serios, que estén fundamentados en las fuentes y que, presentando tesis y razonamientos con los que podamos estar de acuerdo en su totalidad o en parte, o en desacuerdo absoluto, nos animen a conocer un poco más este universo entre secreto y discreto —aunque esta disyuntiva se está convirtiendo ya en una especie de cliché— que es la masonería. En Historia no hay unanimidades, afortunadamente, pero sí es necesario realizar un trabajo profesional, y no pergeñar ejercicios fantasiosos dentro de los parámetros del remozado universo de las «conspiranoias». Este libro no

padece este mal surgido en el pasado, pero muy de nuestro tiempo también.

Siempre hemos creído necesario realizar un esfuerzo divulgador cuando se trata de abordar la Historia con el fin de acercarnos al mayor número de lectores y lectoras como un medio para combatir bulos, tergiversaciones y prejuicios, unos males que en España han resucitado y que creíamos enterrados con el fin del franquismo. El tema elegido es, precisamente, uno de los que padecen este mal, como el de la colonización de América o la dictadura franquista, entre otros, y todo ello fruto de un revisionismo rancio que tiene objetivos más o menos declarados pero que nada tienen que ver con un análisis serio de la Historia. Francisco Martínez, por supuesto, es ajeno a esta enfermedad porque es un historiador y no un publicista al servicio de causas revisionistas, pero, sobre todo, y eso es lo que más queremos resaltar, porque emplea un lenguaje muy asequible y, además, muy brillante, demostrando un dominio de esta cuestión estilística que muchos historiadores no poseen, a pesar de que puedan ser excelentes investigadores. Saber escribir historia es un arte complejo que debe ser aprendido y practicado. Pero este libro no es solamente un ejercicio estilístico, sino que se ha construido con muchas lecturas, mucho conocimiento de fuentes y muchas horas de trabajo y de reflexión.

Por otro lado, Francisco Martínez realiza un ejercicio que nos parece interesante, y que no es otro que el de formular preguntas, además de ofrecer respuestas, en ocasiones no determinantes, pero que llaman a la reflexión o al cuestionamiento de posibles ideas preconcebidas. Ya lo comprobamos en otro libro del autor sobre Kennedy. Este método puede tener un peligro, que es el de no definir una tesis final, pero creo que no estamos ante este caso porque nos parece que la idea de la obra siempre ha sido presentar la complejidad del fenómeno histórico masónico en España.

Francisco Martínez arrincona muchos de los prejuicios contra la masonería y los masones, y que se resisten a morir aún hoy en día. Pero tampoco estamos hablando de un libro que mitifique a la francmasonería. Un libro serio de historia debe combatir prejuicios,

aunque hoy muchos que se meten al oficio, sin haberlo aprendido, intenten justificar lo injustificable. Pero tampoco queremos libros mitificadores, y algunos masones que escriben historia tienden a deslizarse por esta peligrosa pendiente como reacción.

La obra, además, plantea posiciones o visiones distintas en el seno del universo masónico español demostrando que la Orden, como otras organizaciones, instituciones o procesos históricos, presenta facetas diversas y hasta contradictorias. En este caso, uno de los temas que más parece importar es saber si la masonería fue una organización que influyó como tal en la vida política, social, económica y cultural de nuestro país. El autor no solo no elude el tema, sino que lo plantea desde el principio, moviéndose con la elegancia fluida de su lenguaje por este terreno espinoso. En este sentido, debemos reconocer que nos han parecido muy interesantes las reflexiones sobre Diego Martínez Barrio. Nunca dejaremos de insistir en que la masonería fue una organización compleja, que en su seno se produjeron debates políticos en momentos claves de la Historia española, pero también verdadera alergia a tratar estos temas por parte de otros masones que consideraban que eso no era una tarea que debía emprender la Orden. Del mismo modo, ¿los masones protagonistas de la vida política intervenían en ella en función de su pertenencia a la Orden o no? Ante esta pregunta, siempre hemos respondido que un vistazo a las Cortes de la Segunda República nos permitirá comprobar el alto porcentaje de masones en ella, pero en distintas formaciones políticas y defendiendo posturas en muchas ocasiones antagónicas, ¿o se nos olvida que un diputado radical que fuera masón no votaba siempre lo mismo que un diputado socialista masón, y menos cuando fue pasando el tiempo y se radicalizaron las posturas de unos y de otros?, ¿no votaban en función de los programas de sus partidos y de las disciplinas de sus respectivos grupos parlamentarios? Otra cuestión que también interesará al lector es la posición de la masonería en relación con el Estado. La masonería española siempre fue muy respetuosa con él, y hasta muy reiterativa en sus manifestaciones de lealtad, a pesar de que siempre se nos ha hablado de su antiespañolismo; pero ya sabemos que desde el siglo XIX ha habido

en nuestro país monopolizadores del concepto del Estado y de España que han disertado sobre lo que es tanto el uno como la otra y anatemizado otras perspectivas. Y en el seno de la masonería también se dieron posturas diversas en esta cuestión porque hubo una francmasonería de signo catalanista que generó intensa polémica entre sus miembros. La realidad histórica, como la presente, es, insistimos, siempre diversa. Estamos, pues, ante un libro sugerente y ágil.

El mito de la conspiración judeo-masónica

La Orden, los Hijos de la Viuda... Hay más de una manera de referirse a la masonería, una organización cuyo solo nombre es sinónimo de misterio e intriga, más propia, en teoría, solo en teoría, de películas al estilo de *El Código Da Vinci* que de estudios históricos serios. Por eso, cuando hace algunos años Ricardo García Cárcel me propuso escribir un libro sobre el tema, mi primera reacción fue declinar. «Hay demasiados mitos», dije. «Pues podrías deshacerlos», me respondió Ricardo. Tras madurar la idea, me di cuenta de que tenía razón. Había que intentar algo que se alejara diametralmente de tantos títulos sensacionalistas.

La mentira histórica posee, como Proteo, el dios de la mitología griega, infinidad de aspectos. En ocasiones puede deberse a un simple error humano, sin mala intención. Otras, en cambio, consiste en un engaño que obedece a intereses concretos, aunque eso no obsta para que los crédulos puedan aceptar de buena fe cualquier historia disparatada. Este es el caso, entre muchos otros, del mito del contubernio judeo-masónico y bolchevique. Si le preguntamos a un ultraderechista cualquiera, lo mismo en 1936 que en la actualidad, los masones son seres siniestros que conspiran en las sombras para torcer la historia de España. Ellos estarían detrás de cualquier desastre nacional, ya sea la pérdida de las colonias americanas o el advenimiento, en 1931, de la República atea.

Los masones se convierten, de esta forma, en el chivo expiatorio ideal. Sus detractores imaginan una organización férrea, un poco al estilo de la Spectra de las películas de James Bond. Sus lacayos, supuestamente, cumplirían órdenes al pie de la letra. El problema de esta historieta para no dormir es que no explica por qué, en circunstancias históricas concretas, encontramos masones en campos opuestos. En España, durante acontecimientos de 1934, los hubo entre los revolucionarios y también entre los represores. Algo similar sucedió dos años después: mientras muchos defendían a la República, otros, como el general Miguel Cabanellas, se posicionaron junto a los militares sublevados.

En esta pluralidad de actitudes políticas tenemos la prueba de que los masones, dentro de su organización, poseen libertad de opción política. Sin embargo, el historiador conservador José Antonio Vaca de Osma dudaba de que se explicara así este tipo de diversidad. Todo se debía, a su entender, a la «conocida indisciplina nacional». El problema de este planteamiento esencialista es que no tiene en cuenta la historia de otras latitudes. En América Latina, por ejemplo, hubo masones entre los independentistas que encabezaba Simón Bolívar y entre las tropas del rey bajo el mando de Pablo Morillo. Si nos desplazamos hasta la Francia de la Segunda Guerra Mundial, lo mismo los encontramos en la Resistencia antifascista que en las filas colaboracionistas del mariscal Pétain¹. España, por tanto, *is not different*.

En cada masón los conspiranoicos ven a un instrumento de la masonería, como si no fuera posible que, al igual que los católicos, actuaran por cuenta propia. ¿Acaso el presidente Kennedy era un infiltrado de la Iglesia en la presidencia estadounidense? Los militares masones españoles —en el estamento castrense se dio una afiliación masónica más alta que en otros grupos— actuaron antes como militares que como masones. García-Municio de Lucas, en su tesis doctoral, llegó a esta conclusión: «Fue mayor la influencia del Ejército en la Masonería que la inversa»².

¹ Vaca de Osma, *La Masonería y el Poder*, págs. 247-248.

² García-Municio de Lucas, *Militares y masonería*, pág. 6.

No obstante, todo esto no significa que no puedan existir masones, allí donde se encuentren, que intenten acrecentar la influencia de su organización. Hay una masonería apolítica y otra que es todo lo contrario, con diferentes tendencias en cuanto a su moderación o radicalismo. Todo depende del lugar y la época. En el mundo anglosajón, la tendencia fue hacia el tradicionalismo. En el mundo latino, en cambio, predominó la denominada «masonería liberal».

Un masón ilustre, Diego Martínez Barrio, cuando era concejal del Ayuntamiento de Sevilla hacia 1920, se propuso utilizar su cargo para inspirar la vida municipal con sus doctrinas: «El primero de nuestros deberes es la lealtad a los principios masónicos». La masonería debía intervenir en la vida social y contribuir al fortalecimiento de las opciones progresistas. ¿Cómo? La forma era proporcionar «a los desorientados grupos de izquierda cauce y disciplina para que inspiren confianza en la opinión pública en la ciudad donde actúen»³.

Martínez Barrio tenía esta mentalidad intervencionista porque deseaba transmitir lo que había recibido de la masonería. Estaba convencido de que debía a sus enseñanzas los rasgos más positivos de su vida, todo lo que había en ella de rectitud. Los aspectos más elogiados de su personalidad procedían de la asimilación del espíritu masónico⁴. No obstante, ¿hasta qué punto es cierto que, en su caso, predomina el masón sobre el político? Él mismo reconoció que su dedicación absorbente a la política le restó tiempo para cumplir con sus deberes hacia su institución. Sus palabras, de hecho, revelan ambigüedades y contradicciones. Así, en cierta ocasión, negó que actuara «al dictado de un poder oculto». Sin embargo, en otro momento, cuando le preguntaron si seguía las instrucciones de la masonería, afirmó que mantenía determinada posición por un imperativo de conciencia. ¿A qué se refería? ¿A su ética masónica? Su respuesta deja espacio para la imaginación.

³ Véase la contribución de Juan Ortiz Villalba en Ferrer Benimeli (coord.), *Masonería, política y sociedad*, vol. 2, pág. 652.

⁴ Leandro Álvarez Rey, «La forja de un republicano: Diego Martínez Barrio (1883-1962)», pág. 189.

Nos movemos en un terreno resbaladizo. ¿Hasta qué punto es fiable el testimonio de nuestro personaje? Martínez Barrio, aunque era un masón notorio, no mencionó a la masonería en sus memorias. Cumplió así con las tres exigencias que, según su propio testimonio, se le reclamaban a todo aquel que pertenecía a una logia: «saber callarse, saber obedecer y saber dominarse». Esta discreción es la propia de una organización basada en un conocimiento esotérico, es decir, en un conocimiento al que solo pueden acceder los iniciados. Con los «profanos», en consecuencia, debe mantenerse cierta prudencia a la hora de decir según qué cosas⁵.

¿Es cierto entonces que la masonería imprime carácter y que el masón lo es para toda la vida? Hay motivos para creer que en este, como en otros aspectos, se han cometido exageraciones. Un repaso histórico nos muestra que muchos masones, cuando una logia se cerraba, no se afiliaban a otra. Los «durmientes» pertenecían formalmente a la sociedad, pero sin participar de ningún modo en sus actividades.

Si fuera cierto que es la masonería la que mueve los hilos, tendríamos que explicar de qué masonería estábamos hablando. La verdad es que en su seno existen diversas tendencias, enfrentadas entre sí, y que en su historia las divisiones internas han estado tan a la orden del día como en otros movimientos. Así, la masonería anglosajona convirtió el deísmo en un elemento obligatorio para sus afiliados. En la masonería latina, por el contrario, la norma fue el inconformismo religioso. Por otra parte, el esoterismo ha tendido a convivir con el racionalismo. De todas formas, también es cierto que no hay que llevar las cosas tan lejos como para percibir solo heterogeneidad y no principios comunes.

Se da así la paradoja de que la antimasonería persigue a un espectro, a algo que tiene mucha menos influencia de la que se le atribuye, por más que, de cuando en cuando, los mismos masones exageren su poder para darse importancia. En ciertas épocas, la supuesta amenaza ni siquiera resulta mínimamente tangible. Se pro-

⁵ Avilés Farré, *La izquierda burguesa y la tragedia de la II República*, pág. 44.

duce entonces, sin embargo, un desfase entre los hechos comprobados, que brillan por su ausencia, y la percepción de estos a través de un relato en el que todo se saca de quicio. Según José Antonio Ferrer Benimeli, el máximo especialista español en la historia de la Orden, «el protagonismo de un hecho inexistente terminó convirtiéndose en realidad virtual creadora de mitos, fantasmas y leyendas que acabaron configurando un estereotipo difícil de borrar».

Se ha criticado la tesis de Ferrer Benimeli con el argumento de que el poder no legisla sobre lo que no existe. La reiteración de disposiciones antimasonicas probaría, supuestamente, que existía una amenaza real para los que estaban en el gobierno⁶. Pero resulta evidente que las autoridades políticas, como el resto del mundo, pueden tomar por auténtico lo que es pura invención. La percepción, de esta forma, se convierte en realidad. Y cuando alguien actúa en función de una mentira, esa mentira produce consecuencias reales.

Por este camino, acabamos por desembocar en la pura y simple paranoia. La izquierda se burló, con razón, de la obsesión que hacía que los conservadores vieran masones por todos lados. Tengamos en cuenta, en este sentido, un comentario satírico del PSOE de finales del siglo XIX. A su juicio, era cosa digna de risa constatar que los neocatólicos veían en cualquier parte «triángulos, mandiles y otras zarandajas».

Para que exista antimasonería no hacen falta masones. Tampoco, para que florezca el antisemitismo, son necesarios los judíos. Los reaccionarios odiaban tanto a unos como a otros, así que resultó natural que los mezclaran en su imaginario. Así, una campaña difamatoria, en medios ultras como *El Siglo Futuro*, atribuyó origen semita al masón socialista Fernando de los Ríos. Mucho tiempo después, Vaca de Osma aún repetía el mismo absurdo: «Fernando de los Ríos fue tal vez el que mejor conjugó su veteranía masónica con su socialismo intelectual. Tal vez su raza judía le ayudó a ello»⁷.

⁶ Suárez Bilbao, *Crisis social, política territorial en el reinado de Fernando VII*, págs. 15-16.

⁷ Vaca de Osma, *La Masonería y el Poder*, pág. 249.

En los delirios de la teoría de la conspiración, masones y hebreos se habían puesto de acuerdo en una misma intriga secreta para el dominio del mundo. Como siempre, ninguna prueba avalaba una conclusión tan atrevida. En algunos momentos, los masones fueron incluso antisemitas.

La misma incoherencia resalta en la hipotética alianza entre masones y comunistas. El 1 de octubre de 1975, poco antes de morir, el general Franco denunciaba una imaginaria «conspiración masónica izquierdista en la clase política en contubernio con la subversión comunista-terrorista en lo social».

El dictador no tenía en cuenta la enorme contradicción de vincular a los masones con una doctrina, el comunismo, con la que no tenían puntos de contacto por más que se dijera que perseguían los mismos fines. En la Unión Soviética, el gobierno perseguía a la masonería con el mismo entusiasmo que los regímenes fascistas. Trotsky, uno de los grandes artífices de la revolución de 1917, la rechazaba por constituir «una parte no oficial, pero extremadamente importante, del régimen burgués».

El caso de Trotsky resulta especialmente interesante por la forma virulenta en que se dedicó a perseguir a la Orden. Contribuyó decisivamente a que la III Internacional, en su IV Congreso, declarara incompatible ser masón y dirigente comunista. Los comunistas, al defender a los trabajadores, tenían que oponerse a sus enemigos de clase. La masonería contribuía a engañar al proletariado al pretender que podía existir una buena versión del capitalismo, la representada por la democracia liberal⁸.

Según confesión del mismo Trotsky, el primer libro que escribió fue sobre la masonería. Se trataba de un estudio ambicioso a juzgar por su extensión de mil páginas. El manuscrito, sin embargo, no llegó a publicarse porque se perdió cuando su autor, para escapar de Stalin, tuvo que huir de la Unión Soviética.

A su vez, Lenin y Stalin evidenciaron una hostilidad muy parecida a la de su compañero. Pero no importa: ellos también serían

⁸ Andrés Pozuelo, «Trotsky y la masonería», págs. 50-51.

masones sin discusión posible. Las teorías conspiranoicas son así: al igual que las películas de Hollywood, no permiten que la realidad estropee una buena historia.

El mito del conturbenio judeo-masónico y bolchevique es una más de las leyendas que nutren la abundante literatura sobre la masonería, lastrada con frecuencia por el sensacionalismo, ya sea para denigrar a la masonería como para enaltecerla. A menudo, lo que tenemos no son datos sino historias fantasiosas. En ocasiones, la falta de rigor ha afectado a instituciones serias como la Real Academia de la Lengua. Si leemos la edición de 2001 de su diccionario, encontramos una definición de «masonería» poco exacta: «Asociación secreta de personas que profesan principios de fraternidad mutua, usan emblemas y signos especiales, y se agrupan en entidades llamadas logias». Como hizo notar García-Municio de Lucas, esta descripción sirve para asociaciones sin nada en común, algunas incluso de naturaleza delictiva. La «fraternidad mutua», en efecto, también la practican los miembros de las organizaciones mafiosas.

En cambio, en 2014, la RAE propuso una definición mucho más cercana a la realidad al tener en cuenta los principios filosóficos que guiaban a la organización: «Asociación universalmente extendida, originariamente secreta, cuyos miembros forman una hermandad iniciática y jerarquizada, organizada en logias, de ideología racionalista y carácter filantrópico». Esta vez, los académicos de la lengua tenían en cuenta que el carácter secreto de la masonería era propio de sus inicios, no de la actualidad. No era lo mismo ser masón en la España absolutista de Fernando VII que bajo la democracia del siglo XXI, cuando bastaba con la simple discreción⁹.

Sobre el secreto masónico se han escrito ríos de tinta. Los antimasones de todas las épocas han supuesto que constituía, por sí mismo, la prueba de que detrás de la Orden se escondía algo turbio y siniestro. En realidad, los iniciados no poseen ningún conocimiento fuera de lo normal. Ya en el siglo XVIII, como nos recuerda un

⁹ García-Municio de Lucas, *Militares y masonería*, pág. 14.

famoso pensador alemán, se decía humorísticamente que «el mayor secreto de los francmasones es que no tienen ninguno»¹⁰.

El secreto consiste tan solo en una «ficción ritual», tal como resalta el historiador John Dickie, que resulta extremadamente útil al despertar la curiosidad de los «profanos». Son muchos, en efecto, los que desean pertenecer a un club que se distinga por su exclusividad. Los secretos, según Dickie, aportan teatralidad a los ritos y los ritos sirven para unir a los miembros del grupo en torno a una experiencia compartida. Los castigos por revelar lo oculto forman parte del ritual: nadie pretende llevarlos a cabo¹¹.

Los datos, por desgracia, no convencen a los conspiranoicos. Vaca de Osma contaba, con la mayor seriedad, que en cierta ocasión acudió, en Madrid, a la Feria del Libro Antiguo y de Ocasión. Preguntó, sin éxito, por libros sobre la masonería. Dos o tres librereros le respondieron que habían tenido un par de títulos que acababan de vender. Como la feria se había inaugurado unas pocas horas antes, eso debía significar que los masones deseaban retirar de la circulación los libros que trataban acerca de ellos. Querían deshacerse de los títulos adversos por sus críticas. Los libros favorables, al ser obra de hermanos o simpatizantes, ofrecían otro peligro: la violación del secreto masónico¹².

La realidad, como siempre, es más prosaica que la imaginación. En la actualidad, la masonería se presenta como una organización discreta, que no secreta. A juzgar por sus apariciones públicas y sus intentos de darse a conocer ante la opinión pública, la tesis del secretismo resulta muy difícil de mantener con un mínimo de seriedad. Eduardo Montagut, estudioso de la masonería y masón del grado 14, señala que la cuestión de la discreción suscita entre los masones un cierto consenso. No obstante, existe un debate interno sobre si hay que alcanzar más o menos visibilidad pública. Montagut también precisa que, en cualquier caso, la masonería exige que sus miembros, a la hora de relacionarse con el mundo exterior a las logias, observen

¹⁰ Fichte, *Filosofía de la masonería*, pág. 48.

¹¹ Dickie, *La Orden*, págs. 26-27, 34.

¹² Vaca de Osma, *La Masonería y el Poder*, pág. 8.

en su comportamiento una gran prudencia. Eso significa, por ejemplo, que no deben hacer ostentación de su pertenencia masónica. Deben tener precaución, por ejemplo, a la hora de utilizar ciertas señales secretas, creadas para el mutuo reconocimiento. Nada garantiza que un no masón las conozca también, por lo que resulta aconsejable ser cuidadoso ante los desconocidos¹³.

En la cuestión del secreto, como en muchas otras, nos encontramos ante una historia llena de invenciones novelísticas que nada tienen que ver con lo que podemos demostrar. Caminamos sobre un campo de minas en el que hay que tener mucho cuidado con los datos más elementales. Ni siquiera está claro, en muchas ocasiones, quién fue o no fue masón. El general Batet, si ir más lejos, perteneció a la Orden según la publicística de extrema derecha. Hilari Ragner, biógrafo de este militar catalán afecto a la República, negaba tajantemente ese extremo.

Mauricio Carlavilla, por su parte, sostuvo que todos los reyes españoles habían sido masones a partir de Fernando VII. Que «el rey felón» hubiera perseguido con saña a las logias no parecía importarle a este autor tan aficionado a la conspiranoia. Claro que, con su definición de «masón», prácticamente lo era cualquiera con principios mínimamente avanzados: «progresistas, liberales, darwinistas, marxistas, ya que quienes profesan esas ideas, unos iniciados y otros no, práctica, objetiva y efectivamente son masones»¹⁴. Como podemos comprobar, para Carlavilla uno puede ser masón... sin ser masón. No importa estar afiliado a la Orden, sino la supuesta convergencia de principios, que se efectúa a un nivel tan general que permite incluir a una amplia gama de gente que, en la vida real, puede no sentir por lo masónico la menor simpatía, caso, como hemos visto, de marxistas tan notorios como Trotsky. Por otra parte, esa insistencia en una supuesta masonería «objetiva», más allá de la vinculación formal, recuerda inevitablemente la terminología del marxismo, lo que no es poca paradoja tratándose de un autor notoriamente ultraderechista.

¹³ Montagut, *Eso no estaba en mi libro de historia de la masonería*, págs. 19-20.

¹⁴ Carlavilla, *Borbones masones*, pág. 20.

Planteemos ahora otro problema, presente en buena parte de la bibliografía. En los casos en que hay una iniciación comprobada... ¿puede ser utilizada para definir a un personaje? Muchos libros hablan de lo que el masón Churchill hizo en la Segunda Guerra Mundial sin tener en cuenta que el estadista británico abandonó la masonería en 1912. En cuanto al dictador Augusto Pinochet, lo cierto es que no tardaron en expulsarle de su logia, en 1942, por no pagar las cuotas ni asistir a las reuniones. No podemos, por tanto, afirmar que el masón Pinochet traicionó al masón Allende, porque el primero, a principios de los setenta, ya no estaba vinculado a la Orden.

La ecuanimidad encuentra un obstáculo en la persistente obsesión de masones y antimasones por contar la misma historia, solo que con una valoración moral diametralmente opuesta. Están de acuerdo en ver a la masonería en el centro de los grandes acontecimientos históricos, ejerciendo un inmenso poder para determinar la orientación de los hechos en un sentido concreto. La única diferencia es que eso a unos les parece bien y a otros les parece mal.

Es común que el tema despierte recelos y parezca, incluso a historiadores académicos, una cosa esotérica, sensacionalista, poco seria. Pero precisamente por eso es necesario un intento de separar el grano de la paja a través de las evidencias disponibles. Puesto que los masones son seres humanos como los demás, su historia se puede escribir de la misma forma que la de cualquier otro colectivo. Eso implica tratar de huir de los múltiples velos que han ido tejiendo, a lo largo de los años, toda clase de afirmaciones prejuiciosas. Las de la derecha son las más evidentes y conocidas, como nos muestran los delirios de Franco, pero también existe un antimasonismo de izquierdas que no ha salido lo bastante a la luz. Lo que para unos es una entidad oscura que se opone a la nación, para otros constituye una fuerza reaccionaria contraria a la lucha de los trabajadores con conciencia de clase.

Es cierto que la antimasonería de Trotsky es distinta a la de Franco porque sus tradiciones políticas son muy diferentes. De todas formas, pese a la discordancia de sus argumentos, ambos relatos coinciden en lo esencial: señalar a unos supuestos enemigos y estigmatizarlos como lacayos de poderes extranjeros, como obstáculo

para que la comunidad de los buenos llegue a materializar todo su potencial histórico. No obstante, la realidad, en ambos casos, presenta matices interesantes. Si masones como Cabanellas fueron partidarios de Franco, también los hubo que escogieron «Trotsky» como nombre simbólico. Parece ser que uno de los trotskistas españoles más famosos, Andreu Nin, pertenecía a una logia. La realidad, una vez más, se opone a los esquematismos fáciles¹⁵.

¹⁵ Andrés Pozuelo, «Trotsky y la masonería», pág. 53.